

ANTE EL RETO DE UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN*

DARIO CASTRILLON HOYOS

I. INTRODUCCIÓN. EL PROCESO DE LA EVANGELIZACIÓN

El 12 de octubre de 1492, con Cristóbal Colón y sus hombres, España, y Europa con ella, llegó a América, la descubrió como un «mundo nuevo» e inició un proceso histórico distinto, rico y difícil. A quinientos años de distancia, nos interrogamos sobre ese proceso, a partir de posiciones étnicas, religiosas, políticas, culturales e históricas diversas.

Con las naves del Almirante, llegó la Cruz de Cristo y, en la historia de América, se abrió el capítulo del Evangelio, traído a este «nuevo mundo» por fieles laicos cristianos, y por religiosos y clérigos misioneros. Desde la fe católica, con sangre indígena, negra, mestiza o blanca, celebramos sin reticencias el hecho que, fuera de toda controversia, da comienzo a uno de los más importantes procesos evangelizadores de la historia. Los americanos de hoy somos beneficiarios de ese hecho y de ese proceso que agradecemos y del cual, no sin razón, podemos decir con inmensa satisfacción que nos gloriamos.

La Facultad de Teología de la Universidad de Navarra acaba de reducir, en forma brillante, al estrecho límite de un seminario, la riqueza espiritual de este fascinante proceso evangelizador, inscrito en la globalidad histórica de la Salvación. Se ha recorrido, con mirada sintética pero

* Discurso de clausura del X Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, pronunciado por Mons. Darío Castrillón, Obispo de Pereira y Presidente del CELAM, en Pamplona, el 31 de marzo de 1989.

clara, la vasta extensión de un camino de múltiples vías y abundante caudal de experiencias. No desconocemos el temor que algunos tienen de celebrar este acontecimiento, calificado por León XIII como el más grande de la historia. Me cuesta, sí, entender este temor en el seno de la Iglesia española escogida por la Providencia para ser portadora de la salvación de Cristo a América, Iglesia madre de mártires y confesores, de sacerdotes, religiosas y religiosos misioneros que, con heroica abnegación, realizaron su labor apostólica en las etapas de la evangelización fundante.

Ni desconocemos los problemas que acompañaron a la conquista y a la colonia, ni pretendemos establecer una separación total entre éstas y la evangelización, porque en ese momento había una explicable simbiosis entre Estado e Iglesia. Tampoco queremos minimizar los problemas, ni eludir responsabilidades históricas. Nuestro solo deseo es acercarnos, en la medida de lo posible, a la objetividad en la visión y en el juicio valorativo de esas realidades remotas y difíciles.

II. CONTROVERSIA SOBRE LA CELEBRACIÓN DEL Vº CENTENARIO

Entre los principales críticos de la celebración del Quinto Centenario figuran algunos movimientos indigenistas que tienen eco en conocidos sectores de la Iglesia. Con una lectura reductiva de la historia, sobre la base de un retorno a la leyenda negra, que en su hora fue magnificada por los intereses políticos, económicos y religiosos de los enemigos de España, afirman que no se puede celebrar la invasión injusta que expolió a los indígenas de sus tierras y tesoros; el etnocidio que exterminó muchedumbres y la esclavitud a la que fueron sometidos los sobrevivientes.

Estudios serios permiten hacer un juicio objetivo que no pretende desconocer las sombras del proceso, pero que tampoco puede ocultar sus luces y su inmenso caudal de factores positivos. Sin que sea necesario invocar la distorsión de extrapolaciones históricas, aparecen con protuberante solidez los hechos positivos que dieron un rumbo definitivamente diverso al Occidente cristiano.

Para descubrir las fallas y la bondad del proceso, el análisis no se puede detener en el círculo de los hechos aislados. Solamente la visión de la realidad total asegura la aproximación a un juicio equitativo. Ni se puede entender una hora de la historia si no se la estudia en la clave cultural que le es propia. Los tardíos defensores de los indígenas deben recordar

que la Iglesia española, ya en noviembre de 1534, emprendía, en la pluma de Francisco de Vitoria, la defensa de los indios contra el abuso de los españoles, denunciaba la crueldad, la impiedad y la tiranía inhumana de los conquistadores incompatible con las exigencias del ser cristiano. Para Vitoria, en la conquista del Perú, las sanciones aplicadas a los indios fueron expropiación, robos y esclavitud, que condenó junto con el regicidio de Atahualpa, la expoliación del oro, la explotación de los incas, las crueldades, expropiaciones y despoblaciones¹.

III. CULTURA Y EVANGELIZACIÓN FUNDANTE

Con las carabelas viajó para descubrimiento, conquista y colonia, una cultura española que forzosamente reflejaba la realidad cultural europea. Desde ella se pensaron la familia, la educación, la religión, la economía, la política y el placer. Desde ella se concibieron la guerra y la paz, la naturaleza y el hombre. El primer desafío de la evangelización primera fue el diálogo con una nueva cultura distinta y enigmática.

La cultura que desembarcó en América tenía un sello de unidad, una personalidad que había incorporado valores dispares consolidados en la expresión del imperio. No gozaban de similar unidad las culturas aborígenes de distintas raíces, dispares espacios geográficos, variadas expresiones políticas y religiosas, culturas sin interrelación que produjera dimensiones comunes. Lorena Mirambell dice que la masa poblacional de América tiene un itinerario iniciado, acaso, hace 50.000 años en un ininterrumpido movimiento de migraciones sucesivas². Estas migraciones produjeron variadas agregaciones culturales y notables diferencias entre tribus y pueblos. Fuertes contrastes acusaban la sólida cultura maya, en torno a la hermosa Tikal, y las culturas amazónicas desvertebradas entre selvas y ríos; la cultura de los Incas desde la altura iluminada del Machupichu, y la cultura de los Chibchas con la leyenda dorada de la hermosa laguna de Guatavita. De una parte aparecían la elegante distinción de los sacerdotes mayas, la ciencia astronómica de los calendarios, los inimaginables hechos de medicina y cirugía, y de otra parte el temor infantil, la crueldad de los sacrifi-

1. Cfr. L. PEREÑA VICENTE, *La escuela de Salamanca. Proceso a la Conquista de América*, Salamanca 1986.

2. Cfr. L. MIRAMBELL, *La etapa mítica en la Historia de México*, México 1986, I, p. 56.

cios humanos, el sacerdocio sanguinario del dios Texcatlipoca (aztecas, golfo de México) y el horror de la antropofagia.

IV. INCULTURACIÓN DE LA FE

Dice la *Gaudium et spes*, n. 58, que «Dios, al revelarse a su pueblo hasta la plena manifestación de Sí mismo en el Hijo encarnado, habló según los tipos de cultura de cada época». Desde el punto de vista de la fe, éste fue el más grande desafío de la evangelización temprana de América.

Nuestro mundo pluralista, que sin embargo no renuncia al uso de las armas para imponer ideologías, quiere aparecer muy respetuoso de todas las culturas, pero tiene que reconocer que ninguna de ellas responde plenamente a la grandeza de la dignidad humana, ni logra cultivar en su integralidad los valores deseables.

La evangelización supuso una inculturación de valores revelados, quizás embrionariamente presentes en el tronco cultural al que llega el anuncio salvífico, pero también, a menudo, sofocados y aun enfrentados, en el seno de culturas precristianas. Figuras cimeras de la evangelización como José de Acosta, misionero jesuita del siglo XVI en el Perú, nacido en Medina del Campo en 1540, escribió: «ninguno debe hacerse cristiano por la fuerza... Tomar por la fuerza los ídolos, huacas y demás monumentos de la superstición índica que se hallaren y destruirlos a sangre y fuego... no es sólo pensamiento de la turba de soldados, sino resolución santa de los mejores y más doctos sacerdotes... Mas en los que no han profesado la fe de Jesucristo, ni aún la conocen bien, ni se la han enseñado, esforzarse en quitar primero por fuerza la idolatría, antes que espontáneamente reciban el evangelio, siempre me ha parecido, lo mismo que a otros gravísimos y prudentísimos varones, cerrar a cal y canto la puerta del evangelio a los infieles, en lugar de abrirla como pretenden»³. Más adelante agrega: «Déjenles vivir según sus costumbres e instituciones, y dentro de ellas los dirijan y perfeccionen; porque es muy difícil cambiar todas las leyes patrias y gentilicias, y no será poco se les quiten las que son contrarias al evangelio». Así la inculturación penetra por las puertas de la razón y del corazón.

Los primeros evangelizadores estaban ante un desafío y ante un riesgo. El desafío de anunciar el evangelio y proponerlo como criterio funda-

mental para un análisis, y la crítica del ethos cultural de los pueblos americanos, que se entretecía con un sistema de valores recibidos, vividos, y entregados como patrimonio exento de juicios y de exámenes. La tarea evangélica no se podía agotar en el ejercicio crítico y en la corrección axiológica, pues debía incorporar valores nuevos, incluidos todos aquellos del orden trascendente. Por otra parte, corrían los evangelizadores el riesgo de convertir en evangelio sus simples formas culturales y aun de hacer transferencias de sus propios valores no cristianos y de desconocer valores para ellos incomprensibles, de culturas ajenas, pero no opuestos a la buena noticia revelada.

La predicación, la catequesis, la liturgia y la educación penetraron el núcleo mismo donde se asentaban los valores culturales. Ya desde el segundo viaje de Colón, en septiembre de 1493, con la llegada de los primeros frailes y su superior, el primer vicario apostólico de Indias, Fray Bernardo Boyle, comenzó la empresa gigantesca de la inculturación de la fe. En 1508 se creaban ya las primeras diócesis y en 1538 la primera Universidad, por bula pontificia, en Santo Domingo. El proceso que había comenzado con solidez en las «doctrinas» iba a desembocar en la realidad actual de una Iglesia en América Latina que constituye casi un 50% de la Catolicidad y que presenta la identidad definida de una Iglesia madura en el concierto de la Iglesia universal.

V. LOS NUEVOS RETOS DE LA EVANGELIZACIÓN EN AMÉRICA

Los cambios profundos del mundo y de la sociedad actual presentan nuevos retos y definen una nueva época en el proceso de la evangelización. La celebración de los quinientos años de la evangelización primera constituyen un hito central de esta nueva etapa.

El Papa Juan Pablo II nos ha invitado a emprender una evangelización nueva y ha diseñado los criterios de la novedad. Evangelización nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones. Nuestros retos son mantener la rica herencia de la fe recibida y dar una respuesta adecuada a los desafíos de una nueva cultura universal y latinoamericana. Me refiero ahora a este segundo reto que denomino «una nueva evangelización para una nueva cultura». Efectivamente, el fenómeno globalizante de la comunicación social no solamente ha traído a América Latina los problemas universales, sino que la ha sometido a las mutaciones de la cultura planetaria y ha despertado en las etnias aborígenes y negras una conciencia clara de sus valores culturales destruidos o menospreciados. Por una parado-

3. *De procuranda Indorum salute*, lib. V, cap. 10 (CHP XXIV, pp. 259-261)

ja, la amplia entrada en la cultura universal origina un movimiento de revisión valorativa de las culturas ancestrales.

A. Definición de Cultura

Al hablar de una evangelización de la cultura asumo el término en el sentido que le ha dado la *Gaudium et spes*, n. 53: «todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano». Y continúa el Concilio: «De aquí se sigue que la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social y que la palabra *cultura* asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico.

Esta definición descriptiva del Concilio contiene los dos conceptos hoy generalmente aceptados de cultura: el subjetivo, que tiene su origen en la «paideia» de los griegos, «cultivo» (cultura) del hombre de los romanos. Y el sentido objetivo o científico, que se refiere al conjunto de los valores reales de un grupo social, que suponen un desarrollo del hombre, de la naturaleza y del ambiente. El primer concepto tiene relación con la cultura antropológica y el segundo con la antropología cultural. Nuestra cultura occidental adoptó, generalmente, la categoría de los griegos y la palabra cultura, hasta hace poco tiempo, tuvo un cariz elitista en la línea del poeta Menandro, quien calificó a la «cultura (paideia) como el bien más precioso que se haya dado a los hombres». Sin pretender elaborar una definición de cultura, pero con el propósito de entendernos mutuamente al hablar de ella, podríamos decir que es el patrimonio común de ideas, instituciones, instrumentos y ambiente que une a los miembros de una sociedad y, por otra parte, los distingue de los miembros de cualquier otra sociedad en iguales o diferentes épocas o espacios.

B. El ocaso de una cultura

El *Documento de Puebla* tiene un párrafo programático —yo diría profético— sobre la cultura: «Siempre sometidas a nuevos desarrollos —dice—, al recíproco encuentro e interpretación, las culturas pasan, en su

proceso histórico, por períodos en que se ven desafiadas por nuevos valores o desvalores, por la necesidad de realización de nuevas síntesis vitales. La Iglesia se siente llamada a estar presente con el Evangelio, particularmente en los períodos en que decaen y mueren viejas formas según las cuales el hombre ha organizado sus valores y su convivencia para dar lugar a nuevas síntesis. Es mejor evangelizar las nuevas formas culturales en su mismo nacimiento y no cuando ya están crecidas y estabilizadas. Este es el actual desafío global que enfrenta la Iglesia ya que se puede hablar, con razón, de una nueva época de la historia humana⁴. Por esto, la Iglesia latinoamericana busca dar un nuevo impulso a la evangelización de nuestro Continente» (P. 393). Efectivamente se habla ya insistentemente de la crisis de una cultura envejecida e incapacitada para responder a los anhelos del hombre contemporáneo. Se acusa a la cultura anterior de haber producido una civilización equivocada que, a pesar de los enormes avances, y de un cúmulo de valores universalmente aceptados, ha generado insoportables desajustes humanos de proporciones planetarias. Las proyecciones son tan amplias porque nunca, como hoy, existió una verdadera cultura mundial.

En su conocido ensayo *El ocaso de Occidente* (1918-1922), Oswald Spengler escribe: «La civilización es el inevitable destino de una cultura. Las civilizaciones son los estadios más exteriores y más superficiales de que es capaz una especie humana superior. Son el punto final que sucede al devenir, la muerte que sigue a la vida, la fijación que sigue a la evolución; vienen después del ambiente natural y la mocedad del alma, como el estilo dórico y el gótico nos lo expresan, como una senilidad espiritual, como la metrópoli petrificada y petrificante. Representan un término irrevocable pero siempre alcanzado por una necesidad interna de toda cultura».

Las civilizaciones son mortales y nuestra generación tiene el reto de ver la agonía de una civilización y la crisis de una cultura que tuvo la ingenuidad de convertir la razón humana en un absoluto. Esto no demerita los logros de un ejercicio más riguroso de la razón, de sus presupuestos críticos, de su impulso poderoso a la ciencia y a la técnica. Se desmorona una cultura que puso su fundamento sobre la fe indiscutible en la razón, limitándola al horizonte estrecho de sus luces inmanentes, que no alcanzaron a alumbrar los abismos insondables del hombre y se negaron a enfocar los horizontes ilimitados de Dios. La razón pretendidamente divinizada

4. Cfr. *Gaudium et spes*, n. 54.

y efectivamente empujada ha reclamado su verdadera potencia y se ha comenzado a liberar en un poderoso esfuerzo autocrítico que desata, en el sentido más moderno, la crisis de la modernidad.

Battista Mondin enumera varios ensayos que muestran la presencia de esta crisis, de este declinar de la cultura. Entre ellos, *El ocaso de Occidente*, de Oswald Spengler; *El fin de la época moderna*, de Romano Guardini; *La crisis de la civilización*, de Johan Huizinga; *La crisis de las ciencias europeas*, de Edmund Husserl; y *La agonía del cristianismo*, de Emmanuel Mounier⁵. Huizinga piensa que la crisis de la cultura moderna es mucho más grave que la del Renacimiento o de la Revolución industrial; inclusive más grave que el paso de la antigüedad al medioevo. Y Gabriel Marcel afirmó que el mundo en que vivimos es presa de una confusión como no la hubo análoga desde los tiempos bárbaros y que cobija, no solamente las categorías del bien y del mal, sino que penetra más profundamente todavía aquello que hay que llamar vida y aquello que hay que llamar muerte⁶.

En esta crisis, lo científico no es ya lo razonable, en sentido liberal. El pensamiento se aleja del llamado «libre pensamiento», que agotó sus criterios y no llegó a la verdad sobre el hombre y sobre el devenir histórico. La duda avanza, como una sombra invasora, sobre el «orden establecido» por la Ilustración, sobre la racionalidad, sobre su verdad, constituida en fundamento de la metafísica, de la moral y de la ciencia. La duda hiere el postulado de la racionalidad de la historia que el racionalismo antihistoricista del iluminismo había consagrado, y así se debilita en su base la comprensión de la sociedad asentada en el proceso dialéctico. La crítica radical de que habló Marx proyecta la duda sobre su propia elaboración «científica», y la crisis del marxismo, agravada por el fracaso económico del sistema, por la *perestroika* y la *glasnost*, es una consecuencia lógica de la crisis de la modernidad que, con iguales razones, al fracasar la absolutización del individuo que agudiza el egoísmo, ha precipitado la crisis del capitalismo.

Esta cultura, nacida del connubio de cristianismo y modernidad, que tuvo su cenit en el siglo XIX y comenzó luego a declinar, no responde más a las exigencias actuales de la humanidad, a sus aspiraciones, a sus

gustos, a sus valores, a sus actitudes, a sus conocimientos. Según el juicio general ampliamente expresado, es una cultura superada⁷.

C. Coexistencia de una vieja y una nueva cultura

Si por una parte es cierto que las culturas no se excluyen entre sí, no se cortan sino que se integran, con muy variadas situaciones de convivencia creadora, por otra parte no se puede decir que coexistan pacíficamente. Descubrimos, dice Gérard Defois, que las culturas no coexisten pacíficamente; tomadas en sus relaciones de poder, entran en competencia; entre culturas particulares y cultura general, entre culturas tradicionales y culturas modernas —filosóficas o técnicas—, hay agresiones, negociaciones, alianzas. Vencedores y vencidos⁸.

Puebla dice que «la cultura se va formando y se transforma en base a la continua experiencia histórica y vital de los pueblos; se transmite a través del proceso de tradición generacional. El hombre, pues, nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular; la recibe, la modifica creativamente y la sigue transmitiendo» (P. 392).

La cultura es un organismo vivo que posee anticuerpos culturales que lo defienden, pero que incorpora sustancias extrañas que le dan permanencia y vitalidad en procesos dispares ininterrumpidos. El diálogo mundial del pensamiento, el mercado internacional de ciencia, técnica e instrumentos, y el fácil acceso a experiencias universales son todos factores que enriquecen las culturas regionales o sectoriales pero que, a la vez, las limitan y empobrecen, las modifican hasta transformarlas realmente en nuevas culturas. Los poderosos instrumentos de comunicación social y la facilidad de los viajes e intercambios dan vida al fenómeno de la comunicación social que hace del mundo la «aldea» que describe Mac Luhan y, en cierto modo, la rodea de una base cultural planetaria.

Para *Puebla*, nuestra cultura nueva es una cultura que llega. No brota de las posibilidades internas del «ethos» cultural latinoamericano, no es propiamente la respuesta creadora a los nuevos retos que nuestra realidad

5. Cfr. B. MONDIN, *Una nuova cultura per una nuova società*, Milano²1981, p. 183.

6. Cfr. G. MARCEL, *Les hommes contre l'humain*, Paris 1951, p. 109.

7. Cfr. B. MODIN, o.c., p. 153.

8. Cfr. G. DEFOIS, *Pour une éthique de la culture*, Paris 1988, p. 40.

articula, sino que adviene, viene desde fuera hacia nosotros, irrumpe en nuestro mundo, trayendo la marca registrada de otras latitudes culturales. En síntesis, se trata de una forma cultural extraña a nuestro estilo propio de vivir y convivir, que se va imponiendo desde fuera. Puebla acuñó la expresión «adveniente cultura», que contiene este doble sentido de «futura y foránea», o, invirtiendo el orden, de cultura foránea, advenediza, que amenaza imponerse como estilo de vida de nuestro mañana⁹.

Dice *Puebla* que «hay que atender hacia dónde se dirige el movimiento general de la cultura más que a sus enclaves detenidos en el pasado, a las expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folklóricas. La tarea de evangelización de la cultura de nuestro continente debe ser enfocada sobre el telón de fondo de una arraigada tradición cultural, desafiada por el proceso de cambio cultural, que América Latina y el mundo entero vienen viviendo en los tiempos modernos y que actualmente llega a su punto de crisis» (P. 398, 399).

Dentro de la cultura que fenece, el colectivismo marxista, el capitalismo y neocapitalismo liberales, la secularización y el radicalismo cultural no lograron ser una respuesta satisfactoria a los anhelos de la humanidad. Las ideologías que animan actualmente democracias y totalitarismos favorecen una cultura herida por el «miedo a la verdad». A esa verdad total, que la razón, temerariamente, creyó estar capacitada para encontrar con su solas y únicas fuerzas, eliminando, inclusive, el acervo histórico. La epistemología, que obedece a un dinamismo crítico fundamental en la búsqueda de la verdad, ha agudizado la crisis de la modernidad y, lógicamente, ha precipitado la crisis de las ideologías y sistemas capitalista y marxista.

Considerada la profundidad y la vastedad de la crisis cultural y la falla de la civilización, las exigencias de un futuro más humano de la sociedad originan, con distintas perspectivas y proyecciones, una nueva época que comienza a ser postmoderna, postcapitalista y postmarxista. Este es el impresionante desafío para los arquitectos de una nueva sociedad, en una nueva era, en los orígenes difíciles y promisorios de una nueva cultura y de una nueva civilización.

9. Cfr. A. CHEUICHE, *Evangelización y adveniente cultura*, serie «Fe y cultura» n. 2, CELAM, Bogotá-noviembre 1988, p.7.

VI. CONCLUSIÓN

El reto fundamental de la Iglesia en la nueva evangelización de América Latina es acompañar el proceso de integración cultural en un esfuerzo de *conservación* dinámica de los valores que, desde la Evangelización fundante, han sido el patrimonio cultural cristiano de América; en un esfuerzo de *rescate* de los valores de las culturas ancestrales de las etnias que acentúan la personalidad cristiana latinoamericana; y en un esfuerzo de *evangelización* todavía no realizada, de los numerosos elementos remanentes de la cultura de la modernidad.

Pero, la tarea más importante es la *respuesta* a la nueva cultura postmoderna con las modalidades que asume en nuestro continente. Es la respuesta del nuevo humanismo cristiano, del retorno a valores éticos iluminados por la trascendencia, es la respuesta de la doctrina social de la Iglesia a la crisis de las ideologías. Se impone un rescate del hombre sumido en el vacío, muerto, en el sentido de Nietzsche, tentado de indiferencia, de apatía, de abulia colectiva ante los fracasos sucesivos de una arquitectura antropológico-social fallida.

Al buscar la construcción del hombre nuevo latinoamericano, no pueden desaparecer de nuestras pupilas los trágicos rostros de *Puebla*, que reflejan miseria y abandono, fruto del pecado radical de no extinguidas injusticias, de no erradicados egoísmos, de no corregidas miopías en el análisis de las realidades. Evangelización de la cultura en América Latina es un término de relación obligada, dentro de una óptica totalizante, con la opción preferencial por los pobres. Ante el desafío postmoderno, en América Latina, como en toda la Iglesia, urge una reincorporación cultural cristiana en el sentido de San Clemente Alejandrino: «Hay verdad en la geometría, hay verdad en la música, hay verdad en la filosofía genuina, o sea en la griega. Pero la única verdad auténtica y plena es la que ha sido revelada por el Hijo de Dios»¹⁰.

Asumimos la responsabilidad de enfocar desde el Evangelio la cultura de nuestro continente para animarla. Ello nos sitúa en la corriente policéntrica de la Iglesia, de que habla Johann Baptist Metz, pero estamos atentos para evitar los riesgos que se seguirían de la insularidad, o de empobrecedores cortes de memoria. Caminamos con la Iglesia universal, manteniendo los vínculos de la unidad, de la caridad y de la paz con el

10. *Stromata*, I, 20, 97, 4, (GCS 12, p. 62).

Vicario de Cristo, «principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión»¹¹, y con los demás hermanos a quienes el Espíritu Santo puso al frente de las Iglesias.

Mons. Darío Castrillón Hoyos
Consejo Episcopal Latinoamericano
BOGOTÁ

11. *Lumen gentium*, n. 18.